

LIBROS

El olor del parecer en 'Los prodigios de Gillingham', de Francisco Rodil

La nueva novela del escritor y periodista nos sumerge en una trama de espionaje, expolio del patrimonio artístico español y contrabando de obras de arte



Francisco Rodil

VERÓNICA GARCÍA-PEÑA

30/06/2022

Actualizado 05/07/2022 a las 12:24h.



Las novelas huelen a muchas cosas, pero, por norma, cada una tiene su propio aroma. Es aquel que las diferencia. Uno que llega al lector bien desde las primeras páginas, golpeándolo, o bien poco a poco, según se adentra en la historia. Así, esta novela, 'Los prodigios de Gillingham' (Velasco, 2021), del periodista y escritor José Francisco Rodil Lombardía, **huele, por ejemplo, a cierta añoranza y también a niñez.** ¿Y a qué huele la niñez? En este caso, al calor y sudor de un grupo de niños sentados en un banco mientras espían a un extraño vecino inglés que ha llegado al barrio.

Un extranjero alrededor del cual no dejan de producirse curiosos fenómenos. También huele al aceite y goma de un taller mecánico o al vermú que se sirve en un bar de los de antes, de esos en los que los camareros vestían de chaqueta y pajarita. Huele a la colonia infantil para ir al colegio o al perfume caro que usaban algunas vecinas del madrileño distrito de Moncloa, y **a la loción de los militares tan presentes en la España de los 40**, pues ahí es donde nace y transcurre parte de la trama.

Nazis y espías

Asimismo, huele este libro a polvo y quizá a la carcoma de las viejas obras de arte expoliadas durante los años de la dictadura, tema significativo; al brandy almibarado que los expoliadores, gran parte con acento alemán, y sus compinches, estos más castizos, tomaban al calor de una chimenea encendida, crepitar del fuego, y al olor a madera quemada que yo imagino encina y roble.

Decía que dentro de toda la variedad de olores que contienen las novelas, estas suelen tener uno especial que las diferencia -de hecho, piénsenlo, una novela que no huele a nada, que no transmite ninguna esencia, es una novela vacía- y, en este caso, el aroma que distingue a ‘Los prodigios de Gillingham’ es el olor a relente y **modales británicos**, que supongo húmedo y floral, perteneciente a ese extravagante personaje, el señor William Gillingham, que da nombre al libro y sobre el que gira la historia; si bien, tal vez fuera más acertado decir que el inglés, **junto a sus rarezas y portentos e incluso junto a su ama de llaves, la señorita Betty**, es el esqueleto que une y mantiene la narración que, en esencia, podríamos definir como una historia de espías y nazis.

Espías y nazis... Estas etiquetas se quedan cortas. Es una descripción perezosa porque esta novela, **mezcla de aventuras e Historia**, de realidad y ficción (autoficción, acaso), trata en verdad sobre un país, el nuestro, y sus gentes, nosotros. Costumbres, tradiciones, modas y normas. Órdenes, también. Sobre nosotros, cierto, pero lo mismo sobre los extranjeros que nos visitaban, siempre exóticos en una España en la que todo se dibujaba igual. Así, al menos, debía parecer. Y **sobre los secretos, claro, que no eran pocos** y se ocultaban bajo la fingida monotonía española.